

# Niebla del día

Guadalupe Galván

Para Aarón Cruz

HASTÍO DE LA NIEBLA

## Carta

Soy traslúcida  
y mi transparencia duele.  
Mi invisibilidad  
lastima.  
He traspasado la puerta  
y mis pasos no se escucharon  
por el bullicio.

Ellos pasan a través de mí.  
Ven a través de mí.  
La materia se disuelve.  
Lo sólido se transforma.

Mas ¿qué verían en mí  
si no hubiera transparencia?  
Un rostro, una mueca  
un vestido.

Tengo la enfermedad de una voz opaca.

No hay luz que me ilumine.  
Voces chillantes se escuchan cada vez más alto.

¿En qué parte de la habitación estoy?

En silencio pronuncio una palabra.

¿Es ésta la soledad que necesitaba,  
este pasar sin ser percibida?

Esa voz incesante no calla  
esa voz que quiere abarcar todos los espacios.

Será mejor sentar mi transparencia  
en esta silla deshabitada,  
esta silla intocable y más desierta ahora.

Ellos lucen tan bien.  
Tan cordiales. Tan sanos.  
Veo tantas muecas agradables.  
Quedo sorprendida.

Me canso de insistir,  
no me verán,

nadie me reconocerá:  
¿para qué lo necesito?

Ellos lucen tan bien.  
Tan atentos a todo.

Soy traslúcida  
Nada cambiará mi transparencia.

¡Ah! Soy traslúcida.

## Canto y denuncia

Grito entre la muchedumbre  
con voces multiplicadas  
y siempre la sorda tierra,  
                    el mar lontano,  
                    la estación abandonada.  
Siempre la misma pregunta  
y las calles,  
las hojas.  
Siempre el indecible silencio,  
el viaje postergado.

¿Para qué tanto oleaje en medio del desierto?  
¿Para qué esas voces y esos gritos?

He visto monstruos invadir trenes subterráneos  
y locos invadir pulcros territorios.  
Los campanarios arden  
en medio del enjambre indiferente.  
Las palomas hacen sus ritos vespertinos  
sobre esta ciudad que resuena en sus tambores.

¿Para quién tanto oleaje violento?

Escucho cada noche  
manos sonámbulas que construyen un barco.  
Oigo zurcir las velas  
rasgar la madera.

¿Qué escuchas tú que vives en la casa de enfrente?  
¿Qué miras cuando amanece?

Los espacios se han desvanecido:  
alguien  
también se pregunta  
estas tantas otras palabras que se ahogan.

Ayer  
era el lamento,  
la sombra de la piedra,  
el olor del polvo,  
el eco del reloj,  
la calle despoblada.

Hoy  
me desfiguro.  
Tan sólo  
soy quien recuerda.

No hay silencio

El silencio que desaforado silba en cada río.  
El silencio que retumba incesante y citadino.  
El silencio del aliento que no calla.  
El silencio que revienta en las angustias.  
El silencio en cada vespertino hastío.  
El silencio del otoño que se rompe en las pisadas.  
El silencio que sin encontrarlo busco en mi mutismo.  
El silencio que se rompe al nombrar su invisible nombre.

No hay silencio en la futilidad ruidosa de la búsqueda.



## Árboles calvos

El tiempo es guante que me cubre,  
gastada máscara.

En troncos  
vengo deletreando mis nombres,  
mis caras imaginadas.

En paredes  
vengo deletreando palabras sin nombres,  
ahíto de calles,  
de paseos azarosos,  
de sílabas concurridas y huecas  
para reconocer alguna olvidada propiedad  
algo perseguido.

Los hombres pasan con herramientas  
para remendar todos los puentes.

Hoy una mano pintó de blanco  
los troncos  
de los árboles calvos en la ciudad.

## Máscara inútil

Se rompe la arena  
que llena mi playa estrenada.  
Me dibujo en ella  
y las sílabas hermosas se asolean  
recién las desatan mis dedos.

¿Soy esto que veo?

Miro mi nombre desnudo,  
extendido,  
indefenso.  
Mi nombre que nada es  
en la arena,  
solitario como la concha disecada  
que anónima muere junto a la orilla.

Miro mi nombre desnudo,  
¿sólo esto me distingue?

Un mar y un viento,  
un tacto  
llegan y me deshacen,  
desgarran mi máscara inútil.

Con la playa vacía y despejada,  
me escondo detrás de la concha,  
descansado de aquella caracola,  
pero alguien en mí  
a gritos  
me reclama.

## Nadie

Nada eres.  
Tu nombre repetido  
se olvidó en una boca.  
Alguien  
tropezó con tu imagen  
sin llamarte.

Te quedaste olvidado  
en una calle  
invisible,  
queriéndote nombrar de mil maneras.  
Tu nombre se perdió  
en algún sitio.  
En el espejo te miras extrañado,  
tu camisa, tus ojos, tus zapatos  
y ¿quién eras?

Nada queda.  
Tú solo: despojado.  
Te vas y eres otro y todos,  
alguien  
que nadie reconoce.

## Huidas

Un deseo en ruinas  
gastado por el tiempo  
me acompaña esta noche.

Ni me alivia el recuerdo del mar  
ni la otra orilla.  
Ni el sonido del tren  
al llegar y al irse.  
Ni la luna escondida y arañada.

Huyo con cansancio y con desgano.

Afuera de esta fría habitación no suena nada  
y aquí dentro el silencio aturde.

# Lamento

Arranco el escudo que cubre mi carne  
que nada murmura.  
Despedazo los restos que caen.  
Contemplo y escucho los lamentos.

Nada tengo.

Sigo deshaciéndome.  
Que mis quejidos ensordezcan.  
Así quiero andar  
con la carne viva, dolorosa, purulenta.  
Arrastrada en desesperos.

Que todos me eviten.

Quiero encender mis heridas incipientes.  
Sentir sólo el dolor más profundo,  
el insoportable.  
Así deshecha me arrastro,  
me abandono  
y conozco al fin  
la imagen del espejo.

Después,  
tal vez vuelva a cubrirme.

## Reclamo

Hay noches  
de solitaria oscuridad  
en que el aire,  
en que el agua,  
en que esa luz,  
en que esos ojos  
reclaman con furia  
el tiempo que me han dado.

## Pequeña celda

Un breve pájaro está escondido en un rincón.

Late dentro,  
    agazapado bajo la arteria principal,  
ésa que lleva la sangre precisa.

Me contagia su inocente espanto.

Mis dedos tiemblan  
como las diminutas plumas de sus alas.

## Viento inmóvil

La enredadera de mi ventana sigue oxidada.  
Hilos de lluvia rodean árboles nocturnos.  
Dunas de papel  
    han derribado los silencios.

Se escuchan murmurando  
los pensamientos  
    que nada dicen.  
Las hojas siguen siendo verdes.

Pétalos y buques se destiñen con el tiempo.

Veo muelles por todos lados  
en orillas sin puertos,  
en ciudades sin olas,  
en el tren que se queda.

El cielo se platea cada tarde  
y borra los colores del papel que baila en los rincones.

En el humo de ciudad leo mi nombre.

El viento inmóvil espera en aquella esquina  
la arrugada piel de un papalote.



## La espera

Huecos dispersos en la ajena víspera de un viaje.  
Las calles se recorren solitarias.  
La estación concurrida mira indiferente  
a los ojos que se quedan.

Suena un reloj ansioso  
y el dedo sigue la línea del polvo abandonado.  
Suenan campanadas en la memoria,  
deshacen el espacio detenido.

Mapas inhabitados.

¿Quién llenará los puentes  
y los arcos,  
quién traspasará las puertas  
y encenderá ventanas  
desiertas y arruinadas?

En las habitaciones rotas  
se ha encerrado un fantasma.  
Los rincones se iluminan trémulos  
con las telarañas que enciende.  
Será preciso escuchar sus cantos,  
soportar sus gritos,  
alimentarlo,  
dejarlo tendido a que descanse.  
Será mejor dejar sonar los relojes,  
los campanarios,  
los silencios perniciosos  
hasta que se escuche con toda claridad  
esa llave precisa.

## Paisaje con hombre que se va

Hay un hombre  
que enciende sus velas nocturnas  
y se marcha.  
Navega los espacios de los mares.  
Aborda trenes.  
Pisa polvos nuevos.

Es un hombre que carga un barco encendido.  
Parece dispuesto a escuchar  
otras campanas,  
multitudes,  
ojos,  
plazas  
y follajes desconocidos.

Se marcha  
y se encuentra en tantos otros lados,  
en ciertas neblinas.

A él le pertenecen todos los puentes,  
todos los vuelos,  
todas las ciudades,  
todas las esperas.

## Promesa

Hay una promesa que no se cumple  
y ya el día se disuelve.

La noche sigue pronunciando mi nombre  
en una hoja.

En mi memoria,  
la calle que toqué está rota,  
y el tren que no he visto  
se marcha sin mí.

## Desvelo

He pasado la noche entera junto a la lámpara  
mirando la distancia  
en las horas sin fecha del insomnio.

He sido un hueco,  
una calle en penumbra,  
una piedra de un río que se ha secado.  
He sido tan sólo un transeúnte  
de pasos sordos como sus ojos.

El tiempo nocturno me muestra sus temores.

Espero secretos indecibles esta noche entera.  
Apenas me descubro,  
pero esta luz ya se ha apagado.

NIEBLA PRECISA

## Soturnidad

### I

Durante la noche un farol se enciende.  
Despierto.

En los puentes arden los peldaños.  
Un árbol se desliza entre lo oscuro.

Manos suicidas acarician estrellas.  
Un árbol con cuerdas de guitarra.

En un callejón ensombrecido  
la enredadera tiembla,  
gotea pétalos de flor amoratada.

### II

El puente encendido se detiene.  
Se moja de lluvia un follaje.  
Una fronda oscura que suspira.

La noche solitaria y rumorosa.  
En el mar una ola se extravía.  
El árbol camina por las calles

Un farol,  
Una marea  
de nombre de mujer,  
de nombre de árbol  
Se esparce en una íntima ciudad nocturna.

Luna y ceniza.  
Alguien mira y se desangra.

El árbol toca sus cuerdas de guitarra,  
su voz grave y dulce habla.

### III

Encuentros,  
ojos de ciudad.

Las ramas se duermen y se abrazan  
al silencio,  
al grillo.  
Miles de nombres  
en las calles solas.

De noche, un árbol  
crece dentro.  
Espera en la ventana,  
en silencio.  
La ciudad se difumina.

Los puentes marcan sus huellas de pájaro.  
Final impredecible,

el silencio expone sus verdades.  
El árbol busca.

Me encuentro.  
Lo espero.

Los ojos del árbol  
abren mis ventanas.  
Una no es nada.  
La ciudad me perturba.  
De noche hablo con el árbol.

Extendido como enredadera,  
él tiembla sobre mi cuerpo.

De noche

yo miro y me desangro.

## Columpios

Hay columpios detenidos en el parque.  
Las flores siguen disecando los estanques.

La ciudad respira indiferente.  
Las calles caminan somnolientas.  
Un aliento jubilado se evapora en las esquinas.

El día se va como una flecha más,  
                    como una fecha más,  
vacilante, escuálido.

Hoy vi el fantasma de los niños suicidas;  
jugaba bajo el puente  
mientras las cuerdas y los cinturones seguían meciéndose  
sacudidos por el viento de los autos.



## Los suicidas

Anoche la suicida borró la derruida ciudad.

Destazó sus carnes como recuerdos.  
Las palabras que su memoria repetía  
se escurrieron desangradas por las coladeras.  
Colgó sus brazos en los árboles  
recién bañados de lluvia.  
Se apagó su voz con las luces  
que incineraron sus deseos.

Esta mañana  
se ha levantado muy temprano.  
Ha salido con los zapatos lavados y el cabello húmedo  
y se ha perdido en las calles tumultuosas  
para pudrirse entre aquellos viejos suicidas,  
entre tantos otros cadáveres ambulantes.

## Ventanas

Hay uno que llora entre los condenados.  
La ciudad doliente arde.  
Los cuerpos pierden sus nombres colgados de los faroles.  
Las ventanas se hacen cenizas sin encenderse.  
Ojos vigilan entre las cortinas como entre ramas.

Y aquella loca sigue esperando,  
untada en un árbol enmudecido.  
Ella es una de las que lloran y esperan.  
Voces de árbol.  
Pero sólo dicen los gritos que huyen por los desagües.

En la noche caída,  
el viento es fiebre de estrella muerta.  
Hay un vuelo en el fondo de su almohada.  
Ella lo escucha y se vuelve estatua,  
canto callado.

En las alcobas,  
los amantes enlatan el instante.  
En las calles,  
un gato escupe palabras indecibles.  
En ciertos callejones,  
niños juegan con cráneos de palomas.  
Tras las paredes,  
una hormiga limpia su cuerpo llagado.

Los ojos apagan las luces.  
Una gota precisa cae.  
Cada condenado sueña con el río profundo.

En un mar de óxido,  
los pájaros se visten con las escamas de los peces muertos,  
Las olas tocan campanadas  
en una plaza poblada de sepulcros ateridos.

Sola,  
la loca sigue inmóvil  
en la espera.

El árbol la contempla  
y el silencio se desgarrá.

## El matadero

Hoy he visto que cargaban cerdos  
en un destartalado camión.

Tenían los ojos perdidos recargados  
en el viejo de la esquina.  
También lo vi mientras suspiraba.  
Tocaba una antigua canción  
y en las vetas de su guitarra  
bailaban fantasmas tristes.

Nada espera nunca.

La calle sigue despoblada.

Escucho.

En el matadero,  
lóbregos cuchillos murmuran  
y esperan impacientes.

## Puerta abierta

Aquí,  
el ajetreo del hastío,  
el ajetreo inmóvil.

Nada nombran las palabras.  
Nada viene a arrancar silencios.  
Queda una flor hundida en agua turbia.  
A nadie le importa su respiración.

En las casas,  
los aparatos resuenan en acordes alineados.  
No se escucha el temblor de las puertas.

Voces: Palabras atoradas en el congelador.

Descanso y muerte viva.

Tumba: Casa de los ruidos cubierta de pétalos ahogados.

Encendamos la luz blanca y barata.  
Ya se abre la puerta.  
Nadie viene.  
Es tarde.  
Mañana se trabaja.

## Sueño

La luna ha llegado  
y su velo de cristal cayó  
dejando en trozos todas las ciudades.

Los hombres escucharon relámpagos.  
Miraron en el aire el humo  
deslizándose como fantasma.

Después  
colgaron sus cabezas en los ganchos.  
Tiraron sus esqueletos  
y se inyectaron sueños inusitados,  
sueños mudos.

## Lluvia turbia

La niña no sabe si callar.  
No sabe si quemarse los ojos  
con agua  
o con silencio.  
No sabe arder.

La niña guarda cenizas  
en la vasija de sus manos.  
Sus ojos se deshacen  
en lluvias turbias  
y multitudes calculadas.

El tiempo se deshila.

Hay algo detrás de las paredes.  
Algo se arrastra desde el rincón y muere.

Una luz furtiva vigila  
y cuenta los segundos.

## Una mujer

Esa blanca mujer  
carga su sombrero invisible  
en una silueta suspendida.

Entre las calles pasa,  
y su largo vestido  
se enreda en los faroles  
y en los guardianes silenciosos.

No sabe que ésta es la ruta imprecisa  
y solitaria.  
Aquí el aire no responde.  
No habla.

La blanca mujer  
llega al final de la ciudad,  
vacila al cerrar los ojos  
y desliza su cuerpo sobre el puente.

## Sueño del barrio

Aquel amanecer, el mar rodeaba los suburbios,  
salpicaba con su olor las descarapeladas paredes.

Los perros sorprendidos bailaban con la desconocida espuma.

Era un suburbio de calles inclinadas.

La orilla del mar apenas llegaba a los bordes.

Los niños dejaban las prisas escolares y miraban los saltos de los peces.

Los ancianos olvidaban su muerte y perdían sus vidriosos ojos  
en la despedida del sol sobre la nueva playa.

Ya la arena inundaba los patios de las vecindades.

Una muchacha enmudeció al bajar del autobús,  
justo cuando la espuma le inundó el viejo vestido.



## Alguien contempla

El otoño llega arrastrando sus vísceras.  
Los pájaros en la plaza  
saludan este polvo  
que infecta su territorio  
en otra tarde,  
otra mañana  
o noche  
de tazas espesas de café  
y mesas estrechas,  
puentes de tinta ahogada y asombros.

Cada quien habita su silla  
con nuevo aliento.  
Cada cual carga su mundo  
de pequeñas batallas inconclusas.

Pero hay puentes,  
calles,  
manos  
que se acortan.  
Palabras indecibles.  
Idiomas inventados  
surgen  
mientras arpegios y misiles se mueven en el aire.  
Entonces la sed se sacia  
con silencios casi indescifrables  
que se comprenden.  
Eso piensa un árbol frente a otro  
cuando se entretejen y se raspan sus ramas  
en medio del desorden ciudadano.

¿Cómo deletrearse sin romper los espacios precisos?

¿Por qué no dejar que la piel  
y las manos  
y los labios  
de cada cual  
de cada árbol  
sigan en su lejanía?

Alguien contempla el universo  
mientras escucha una voz del otro lado del puente.

Alguien insiste  
en mirar la contemplación.

En la calle,  
una muchacha melancólica  
llamada con tantos nombres que no le pertenecen  
se pierde entre la gente.  
Camina mientras las nubes  
y las campanas inescuchadas  
le ofrecen espacio.  
Carga el pan y el silencio  
entre sus manos  
y guarda en la memoria  
las palabras,  
la inevitable distancia  
de un nombre.

## Tarde abandonada

La loca mujer de la calle  
quiere que le murmure el árbol.

Se acerca.

Pero los árboles no hablan.  
Mueven sus hojas desaforadas  
y sus frondas florecen  
y se mueren.

No murmuran.

Si acaso viento,  
Si acaso gotas de lluvia.

Pero hoy no ha llovido,  
ni hay viento  
ni otoño.

Solo está el árbol,  
solas las desesperadas hojas,  
y los oídos dispuestos  
solos.

## Orilla inhabitada

Ya amenaza la noche con sus horas largas.  
Hay azules en el cielo despidiéndose.  
La bugambilia derramada agota su color  
en las aceras.

En esta habitación el silencio opaca  
el sonido del silbato tranviario.  
La lluvia agujeronea la ventana,  
sella el picaporte, las calles.  
La luz del tren se desespera.  
Una espada se arrincona en la garganta.

Las cortinas gritan viento.  
El pasillo anuncia barcos.

## ¿Cómo abandonar esta tierra inhabitada?

Se escucha el tren que se demora al esperar.

¿Cómo dejarse partir,  
desatarse de este filo,  
de este encierro?

La soledad de las palabras retrasa  
y la orilla se vuelve indistinguible.

## Tierra del miedo

Nadie se atreve a caminar por las calles.  
Cuelgan miradas en las ventanas.

Ya nadie escucha el suicidio de los insectos.

En las avenidas gritan los fantasmas  
colgados de las lámparas,  
los fantasmas que han de morir mañana.

Un humo miedoso empaña los cristales.  
Los niños cantan en las esquinas  
y señalan la cara avergonzada de los periódicos.

Una tenue voz de pájaro  
pronuncia un nombre  
en los oídos anochecidos de los barrenderos  
y sus manos sonámbulas desangran las aceras.

La luna sola  
se hace cenizas  
y se esparce en un puente oxidado.

Esta noche es metálica herida:  
ya nadie se atreve a caminar por las calles.

## Noche de fragmentos

Luces mortecinas perforan el suelo lluvioso de esta azotea.  
Los autos baten a los peatones  
de ojos suspendidos en un semáforo indispuerto.  
Las calles respiran vaho invernal.

En mi habitación  
los objetos y los retratos  
quedan pendientes conteniendo sus palabras.

Arde la madrugada y tiritan estrellas.

Junto a una puerta enlutada,  
un joven pálido enmudece.

El silencio late como el diminuto corazón  
de un grillo amenazado.

# I

## Lamentaciones de Enkidu

¿Por qué he sido arrancado del barro que soy?  
Ya nada me reconoce.  
Ya las bestias quieren atacarme.  
Huyen de mí.  
Me temen.

¡Maldita mujer! ¡Que tu belleza y mis instintos sean malditos!  
¡Maldita civilización desconocida!

Quería beber agua y nada sabía del pan y del vestido.  
¿Quién les dijo que quería parecer un hombre?

“Eres como un dios”. ¡Malditas sean tus palabras!  
¿Quién es dios?  
¿Dónde están los dioses y qué harán por mí?

Nada quería.  
No sabía que estaba solo ni que era una compañía.  
No deseaba entrar en ningún sueño y uno me robó las fuerzas.

¡Malditos sean los sueños!

¿Por qué no me dejaron seguir recorriendo la estepa?

Ahora me siento perturbado.  
Siento y pienso.  
Todo me estremece y lloro como un hombre perdido.  
Ahora estoy solo y agonizando.  
(Ahí está el héroe)

Estoy muriendo.  
No regresaré al monte.  
Y sé que caeré a los infiernos.

## II

### Epopeya del moderno antihéroe

*La humanidad tiene sus días contados.  
Todo lo que hace y rehace no es más que viento.*  
POEMA DE GILGAMESH

Aquel que nada ha visto,  
que tropieza y vacila,  
que nada conoce de misterios  
nació en una noche nublada y transitada de luz artificial.  
Corre todo el día.  
Despierta y se estremece.  
Piensa en llegar, mas no sabe el destino.  
No sabe que nada ha visto.  
Es sólo un hombre que ha venido de la calle.  
Sale a buscar y vuelve confundido.  
Sueña y entra en un bosque sin salida.  
Se pierde y despierta.  
No sabe que tropieza y que vacila.  
Nada abandona.  
Nada deja.  
No construye barcos.  
Nada sabe de sus sueños confusos.  
No abre puertas.  
No busca ni suplica a los dioses que olvidados están en sus moradas.

Aquel que corre todo el día ya ha perdido su nombre inventado,  
¿a quién mira en los espejos?  
Es sólo un hombre que ha venido de una calle,  
que ha venido de una casa,  
que ha venido de algún sueño que un dios ya muerto  
ha olvidado descifrar.

Le duele su destino y no lo sabe.  
Le duele su vida y no lo sabe.  
Le duele su cansancio y nada sabe.

Aquel que corre todo el día,  
aquel que nada conoce de misterios  
ha descubierto la muerte y no lo sabe.



### III

#### El viaje

Partir  
y morir un poco.

Desatarse de los suelos nombrados.  
Marcharse a un lugar impredecible,  
un sitio innombrable.  
Partir,  
destruir las calles ya recorridas y revisitadas.  
Desatar lo preciso por un instante.

Soltarse y caer.

Abdicar de ese traje perfecto.  
Partir hoy mismo que el barco espera  
y grita su grueso silbido.

Dejar la plaza, la mesa, la ventana gastada.

Abrir la puerta,  
dejar de recorrer el instante mismo.

Partir  
para morir un poco.

## Paisaje con iguanas y ceniza

Hubo una playa encenizada.  
Torres de piedras calizas.  
Sombras persiguiéndose.  
Hubo aguas y cielos azul-verdosos.  
Hubo tumulto de indiferentes perfiles  
a sus propias sombras  
y a las iguanas hechas de piedra.  
Hubo una mirada creciente.  
Hubo manos y cientos de soles.  
Hubo silencio, soturnidad  
y una breve silueta calcinada.

## Antes de caer

Estas palabras prefieren caer  
antes de ser ahorcadas por los dedos.  
Hay hombres que prefieren ser colgados  
antes de seguir soportando la asfixia.

En un rincón del edificio,  
los insectos planean el combate  
y empapan la desesperación de la tinta.

Antes de caer,  
las hojas danzan su muerte en el espacio.  
Será mejor degollar las flores  
soltar los pétalos sobre las tumbas.

Alguien se despoja en silencio  
y se hunde en una isla.  
Cae a tierra  
para escuchar las raíces de las nubes.  
Una palabra,  
una imagen  
suspende sus manos en el aire.

Aquellos insectos han dejado silencios sapientísimos  
junto a la hierba.

Los días se deshojan en las calles.  
Los ojos se miran en un reflejo sordo  
y se deslumbran.

Nada arde como las hojas.  
Ya sólo espero otra lenta quemadura del otoño.

## El músico

Ha tomado su instrumento,  
deshace las cuerdas en sonido.

No sé que mira a ojos cerrados.

Se ha ido.

La música traza sus líneas  
violentemente.

¿Dónde está?

Ya llega

¿Dónde guarda la música?  
¿Tras los párpados?

Abre los ojos.  
Sostiene su instrumento.  
Tiene sonrisa de recién llegado.

¿Estarán allá también las palabras?

Cierro los ojos.

## Insomnio

### I

Cae un fuego invisible sobre el cuarto.  
El aire arde moribundo.  
Paredes se vuelven espejos empañados.  
La ruina reciente se refleja.

Entra una noche en las rendijas.  
Sus patas se mueven sigilosas.  
Sus ojos vigilan entre los objetos.

Afuera.  
Lejos.

Ruedas suenan con las olas.

### II

Un hombre dibuja un mundo en el agua de plata.

Hojas de arena y algodón se construyen.

Mira los mapas escritos.  
Cavila mares.

Piensa en el sol  
y en las miradas de los hombres.

Las paredes lo multiplican.  
Mira a tantos otros hombres meditados.

Es incierto y no está solo.

La noche esparce su veneno.

Descifra rutas.

Y los mapas se ahogan en gotas de tinta.

Un sueño escrito se revela.  
El oleaje cesa lentamente.

Dibuja una barca detenida.  
El agua de metal se desvanece.

Un espacio se despliega.

Cuerdas y barros sonoros se escuchan.  
El sol nocturno enciende sus velas.  
Esta ventana gastada lo murmura.

Voces aparecen entre espectros.

### III

La madrugada suspira con el mar.

Algunos pescadores ya se enfilan.

Ya el fuego ha incendiado las paredes.  
Ya se nombran las calles sin figura.

Se escucha infantil el alba.

Ya la barca está poblada.

El hombre escrito ya se marcha.

## Niebla del alba

Las calles, las casas se van dibujando débilmente.  
Hay un inusitado silencio .  
Un silencio irreal.  
Las ramas sin viento son inmóviles, lustrosas y húmedas.  
A todo lo cubre una tímida capa de agua  
y no se reconoce lo que hay debajo de ella.  
Parecen rostros o árboles o avenidas semidesiertas.  
Un gato perezoso atraviesa la calle soñolienta.  
Mis oídos se pierden en sus lentos pasos de resorte.  
Las luces,  
las casas alineadas en la monotonía dudan en comenzar.  
La niebla es tan espesa que se algodona la visión .  
Todo parece flotante.

Allá a lo lejos algo parece aproximarse.  
Un niño.  
No,  
es un árbol;  
un árbol gracioso con las ramas volándole con el viento  
pasa junto a mí,  
me roza la piel friolenta y sigue su camino.

Ya el cielo se azulea con debilidad,  
moribundo en su nacimiento.  
Algunas puertas se abren,  
la gente sale ennegrecida por la muda luz.  
En los pasos se les nota una prisa enferma.

Ya cerca, se escuchan los motores  
y las máquinas hirviendo.  
Una bestia se despereza,  
abre amenazante los ojos y las garras.  
Un invierno eterno llena de escarcha  
las manos de los vagabundos  
que balbucean mirando lo invisible.

Todos los elementos arden y los sentidos están  
sobresaltados.

Es el canto de un pájaro afónico y triste.  
No.  
Es la invasión.  
La lluvia de cientos de pájaros tristes que tiritan  
entre el calvo follaje.

## ¡Cómo detener la niebla y permanecer indistinguible!

Alguien mira desde una ventana,  
y esa imagen de tan melancólica me desborda.  
Una campana tiembla,  
¿o será su recuerdo que tiembla en mi memoria?

Avanzo sin saber.  
El alba me inunda.  
Mis pies siguen confusos.  
La gente pasa y me abandona.  
El agua cae y se quiebra.  
Siento el tacto de las máquinas aquí  
a mi costado.  
Ya la bestia anda rondando.  
Y la ciudad frente a mis ojos dolientes,  
límpidamente cruel,  
                arde.